

SIGLO XIX.



V. Amat lo grabó.

GRÁTER DEL ETNA.



# ETNA.

Todas las montañas que se elevan sobre la superficie de la Sicilia son insignificantes comparadas con el Etna, monte gigantesco, orgullo y terror de la Isla, cuya cima escondiéndose entre las nubes parece que está en contacto con la Divinidad, y en cuyos misteriosos senos ruedan corrientes abrasadas, que ramificándose á distancias incalculables fertilizan con su constante calor la tierra que algunas veces consume y llena de desolacion: la Sicilia entera se conmueve, cuando irritado por alguna inflamacion repentina de las materias sulfúreas, ó por la terrible y poderosa dilatacion de los gases que esconde en sus insondables cavernas, abre nuevas bocas, crea montes sobre otros pulverizados, arrasa pueblos, arranca los antiguos bosques que le rodean, llevando á la vez á los campos que domina, el trastorno, el luto, y nuevos gérmenes de fecundidad.

El Etna es tres veces mayor que el Vesubio, es decir, tiene diez mil trescientos pies de altura: está situado al Este de la Sicilia entre el Catara y los montes Pelores. Nada hay mas grandioso ni imponente que su aspecto y la vista pintoresca y animada que ofrece: Por la parte del Norte y del Oeste presenta un encadenamiento de grandes y variadas líneas, de oposiciones, y llanuras embellecidas con fábricas y ciudades, situadas unas en profundos y risueños valles, y otras suspendidas sobre las alturas cual si fueran poblaciones fantásticas.

Las vertientes del Etna por esta

parte son mas áridas y escarpadas, sus flancos destrozados llevan impresas las huellas de terribles convulsiones, y descubren descarnadas gargantas que estrechándose parece que atraviesan el mundo. Por este lado cruza el torrente, al que alimentan las nieves eternas de las regiones superiores y sus amenas orillas, que con un colorido tan brillante pintó el inmortal Salvador Rosa, encontrando en ellas las grandiosas imágenes porque suspiraba su alma.

Mirando con detencion aquella colosal masa parece que su cono se compone de diferentes zonas sobrepuestas que se disminuyen progresivamente perdiéndose entre los vapores, como el vasto graderío de un anfiteatro lejano.

Los continuos sacudimientos inundan de lava los valles cercanos, abriendo la tierra nuevos cráteres y grietas, en cuyas cavidades resuenan horribles detonaciones, lanzando de sus entrañas con violencia enormes piedras calcinadas y cenizas encendidas que al salir de aquellos nuevos abismos forman montecillos que permanecen despues de la erupcion como testimonios indelebles de esterminio. Pasan de ciento los volcanes que hay á los alrededores del cráter principal, aunque sus bocas con el transcurso del tiempo se cubren de escorias y cenizas.

Cercados de los dones que la naturaleza les prodiga, los moradores de aquellos pueblos olvidan que vibra el rayo sobre sus cabezas, y que el suelo

que pisan oculta abismos de fuego: cultivan los campos que cubre la lava, las llanuras están sembradas de hermosos edificios, y á medida que decrecen las vertientes, la perspectiva es mas bella y mas variada, numerosos viñedos y multitud diversa de arbustos forman la brillante y matizada tapicería de tan encantadores contornos.

A la salida del sol, la sombra del monte produce un efecto mágico: la mitad de la Sicilia y los mares que la rodean están alumbrados por los primeros rayos del astro del dia, y la otra mitad bajo la sombra del coloso

de los montes está sumida en una noche profunda: las tradiciones históricas bastante incompletas sobre este punto, no citan mas que setenta erupciones, de las que solo han precedido once á la Era Cristiana. Estos terribles fenómenos están consignados en una infinidad de obras consagradas á las ciencias naturales, para las que el Etna es una mina inagotable de observaciones y de sistemas.

Los Sicilianos modernos le han conservado de los Arabes el nombre de Gibel, que significa montaña árabe.

J. P.

## ¡ Siempre á tu lado!



**S**olo á tu lado, Silfide, respiro,  
que vivir, sin mirarte, no es vivir,  
es amargo suspiro,  
es flor en un desierto  
cuyos tallos se han yerto  
del cierzo al recrugar.

Y en tu presencia mágica no siente  
mi pecho de las penas el dolor,  
y aleja de mi frente  
tu aliento, negra bruma,  
blando como la pluma  
de un ángel del Señor.

Que yo en el mar inmenso de la vida  
bogando, y fatigado de remar  
la brújula perdida,  
oscurecido el Cielo

y entre bancos de hielo  
espuesto á naufragar:

Al Cielo, de la muerte en la agonía,  
para guiarme á puerto de salud  
un ángel le pedía,  
y el Cielo Sacrosanto  
se apiadó de mi llanto  
y descendiste tú.

Tú, que entre las demas pura, y hermosa  
como entre espinas lánguido jazmin,  
á mi frente ardorosa,  
á mi angustiada alma  
le tornaste la calma  
ó tierno serafin!

¡Tú, que borraste de mi faz sombra

la huella de las penas que sentí  
Tú fuiste, maga mía,  
el paño de mi llanto,  
tú fuiste en mi quebranto  
el ángel que pedí.

Al mirarte se abraza el pecho mio,  
y revelarte intento mi pasión,  
mas temo, en tu desvío,  
un no duro inhumano

que arrebate tirano  
mi mágica ilusion,

Y en los sueños fantásticos de oro  
que plácidos resbalan por tu faz,  
no sabes si te adoro,  
que aunque de amor me inflamo  
para decir «te amo»  
no soy bastante audaz.

A. de Alfaro.

## Rasgo de Amor y Heroísmo.

Numerosas contribuciones agoviaban la Francia á principios de 1789: y la venalidad de los cargos públicos, la imperfeccion de las leyes criminales, la injusticia de las reales órdenes y las trabas que oponia la censura á los escritos, presagiaban una pronta y sangrienta revolucion. Los nobles confiados en seguir obteniendo los puestos mas elevados, tanto civiles como militares, sin instruccion ni trabajo, se entregaban á la molicie y á los placeres de sociedad. La plebe ignorante, embrutecida, agoviada por la miseria, se hallaba dispuesta á secundar cualquier movimiento y á cometer todo género de excesos. La clase media, ilustrada y de buenas costumbres, se irritaba al verse despreciada por la alta clase, y buscaba los medios de romper una dependencia que la humillaba hacia tanto tiempo.

El grito en fin de libertad resuena en todos los ángulos de la Francia, el pueblo recobra sus sagrados derechos; la tiranía es derrocada; los privilegios desaparecen, y las clases se confunden. Todo presenta el porvenir mas lisonjero; mas en breve las pasiones se desarrollan con furor, la lucha de partidos y la sed de venganza reemplazan tan noble pronunciamiento, y bajo la

máscara de justicia, de libertad, de igualdad, centenares de víctimas son inmoladas al capricho ó resentimiento de los mandarines. El general *Houchard* es conducido al suplicio despues de haber ganado una batalla: el general *Custines* cubierto de laureles es sacrificado por no haber llegado á tiempo de socorrer á *Mayence*: el virtuoso *Malesherbes* recibe la muerte por haber abogado por el pueblo en el tiempo de la Monarquía, y por el Rey en el de la Democracia. Sería interminable si se hubiera de hacer la relacion de tantas víctimas. Solo el hecho magnánimo, heroico y desconocido de una jóven cuyo fin trágico arrancó lágrimas de verdadero dolor, podrá ocuparnos por unos momentos.

Habia sido encarcelado en uno de los departamentos del Norte un jóven que amaba á una Señorita, de la que era correspondido. Al recibir la noticia del arresto de su amante, corre á solicitar su libertad, y ni las lágrimas, ni las súplicas, ni las ofertas de algunas sumas consiguen ablandar la ferocidad de los satélites de *Robespierre*: pide por último verle y ser encerrada con él; nada la conceden. Se sitúa en la calle á la que daba la ventana de la prision de su querido, y espera la oca-

sion de verle, lo descubre al fin, y la sensacion que recibieron estos dos amantes es imposible describir. Por algun tiempo iba al mismo sitio, á pesar de la lluvia, el viento y las chanzonetas de los centinelas, á conseguir una corta entrevista. Mas un dia en el momento que se acerca ¡qué doloroso espectáculo se presenta á su vista! ¡un carro que caminaba al suplicio, y á su amante maniatado entre otras varias víctimas!... á su vista se precipita sobre los caballos, quiere detenerlos, llama al pueblo en su socorro y le suplica que impida la muerte del que adora. Los satélites la aseguran, pretende separarse de sus manos para volar hácia el desgraciado que conducen, les echa en cara su vil sumision á los tigres, les suplica unan su suerte á lo que ama mas en el mundo: Quieren alejarla, enton-

ces se apodera del sable de uno de ellos y lo sepulta en su corazon: su sangre sale á borbotones: la multitud enmudece, los soldados quedan inmóviles, el amante se desmaya y sus compañeros de infortunio olvidan el golpe que les aguarda para ocuparse en tan lastimero suceso. Entre tanto los municipales llegan y se llevan el cadáver. El carro homicida llega á su cruel destino, los condenados caen al golpe del hacha, y el recuerdo del suicidio de esta amante magnánima, va á perderse entre los torrentes de sangre que se vertieron en aquel tiempo. El reinado del terror acabó el 10 thermidor (28 de Julio); la Francia se libró de unos monstruos, y sus víctimas fueron vengadas.

*J. S. y P.*

## Antigüedades.

### COSTUMBRES DEL SIGLO VIII.

Nada mas oscuro, nada mas lleno de falsedades y exageraciones, que las costumbres de una edad tan remota. Cuando las naciones se hallaban sumidas en la supersticion y la barbarie, cuando la ocupacion esencial de los hombres era la guerra, y los pueblos colonias de esclavos que ni aun sabian discurrir, parece verosímil que las costumbres fuesen duras, la legislacion imperfecta. En un tiempo en que el feudalismo ostentaba toda su deformidad, en que el único derecho

era la fuerza, y la rapiña y el pillage se autorizaban con escándalo, todos los miembros de la sociedad se habian de resentir necesariamente de esta completa desorganizacion.

Los señores feudales, tan ambiciosos como entusiastas por sus privilegios, se hacian continuamente la guerra mas encarnizada, destruyendo sus posesiones, y aun volviendo muchas veces las armas contra el Soberano, que en tan crítica situacion no le quedaba mas alternativa que sucumbir á

la violencia de los grandes ó sublevar los vasallos contra sus Señores; lo cual producía siempre una série no interrumpida de revueltas y desgracias. Sin embargo estos potentados no gozaban de una omnímota independencia, pues tenían el doble carácter de *vasallos* y *señores*: debían á los soberanos cierta especie de subordinacion que llamaban *homenaje*, y era de dos especies; uno *solemne*, por el cual se obligaban á servir personalmente contra todos los enemigos del Rey á quien le prestaban, y otro *simple* que rendían á los demas príncipes, pero sin obligacion de servicio personal: el acto de prestar uno y otro se hacia arrodillándose el vasallo sin armas ni espuelas, con la cabeza descubierta y poniendo las manos en actitud suplicante: el Señor las colocaba entre las suyas, y sentado y cubierto recibía el juramento de aquel: concluido le daba la posesion del feudo, entregándole una bandera, una espada, ó un guante segun la costumbre de cada pais; y finalmente, le besaba la megilla en prueba de la mútua obligacion que contraían.

Cuando los dominios de un Rey se veían invadidos, bien por ejércitos estrangeros, bien por las tropas que acaudillaban los Nobles, todos los señores feudatarios de aquel debían asistirle con sus fuerzas: las aldeas y ciudades suministraban un número de hombres proporcionado á su poblacion; cada doce alquerías presentaban un caballero armado de casco y coraza, llevando los demas soldados broquel cuadrilongo, hacha de armas, dardos y espada: la manutencion de estas tropas estaba á cargo de los pueblos por espacio de seis meses, pasando despues al Soberano la obligacion de sostenerlas: la caballería la constituían los barones y condes con su servidumbre, y en los sitios se emplea-

ban el ariete, la ballesta, la tortuga y demas máquinas de guerra usadas por los Romanos.

En medio del estruendo y confusion de las armas, cuando la tea de la discordia difundía por todas partes su funesto resplandor, era imposible que las ciencias vinieran á dulcificar los continuos sinsabores de la vida: la ignorancia era grande, las preocupaciones extraordinarias; consagradas las clases influyentes á la guerra y el galanteo, sus conocimientos estaban reducidos á manejar la espada y la lanza, y á gobernar con agilidad un corcel: las artes y la industria eran desconocidas en estas naciones esencialmente guerreras, los pueblos vegetaban en la barbarie obedeciendo ciegamente los tiránicos caprichos de sus Señores, y consumiendo su existencia en el mas penoso trabajo, para recibir en recompensa un mezquino sustento siempre lleno de amargura.

No era menos monstruosa la legislacion; cada Señor, dueño de la vida y hacienda de sus vasallos, juzgaba en un tribunal sin apelacion, sacrificando diariamente millares de víctimas á su capricho ó al de sus favoritos. Establecida una tarifa, en la que se marcaba la cuota que debía pagar el delincuente, se introducía por ella la mas monstruosa desigualdad en el sagrado imperio de las leyes, haciendo que los castigos fueran ilusorios para el hombre acomodado, y en extremo gravosos para el proletario: de aquí nacía que al mismo tiempo que las clases pobres se veían oprimidas por la mas feroz tiranía, las demas podían cometer impunemente todo género de escesos. El asesinato, el adulterio, el parricidio, los crímenes mas repugnantes y que atacan mas directamente los principios sociales, se perdonaban mediante una cantidad determinada: todo el que poseía cuatro-

cientos escudos de aquel tiempo (cien reales de nuestra moneda) podia asesinar un prelado, doscientos escudos se pagaban por envenenamiento y otros tantos por violacion. De aquí se infiere lo comunes que serían los escesos, y el desprecio en que estarían las leyes y sus ministros. Otro de los errores de este funesto sistema de administrar justicia, era la prueba de los delitos inciertos, por los llamados *juicios de Dios*. Estos eran el combate, el agua y el fuego. En el duelo, que ordinariamente se hacia á todo trance, el mas fuerte, el que manejaba las armas con mas destreza, y por consiguiente quedaba vencedor, era proclamado inocente: se suponía que Dios tomaba por campeón uno de los combatientes, eligiendo su brazo para instrumento de su venganza. La prueba del delito por el agua, era de dos clases: en la primera se arrojaba al pretendido reo en algun lago ó rio, ligado fuertemente con unas cuerdas; si caía en el fondo se aclamaba su inocencia, mas si tenia la desgracia de sobrenadar se le reputaba delincuente: en la segunda (y destinada particularmente para la conviccion del adulterio) se obligaba al acusado á que sacase del fondo de una cuba, que contenía agua hirviendo, un anillo bendito, para lo cual debía tener el brazo desnudo: estraido el anillo de la cuba, el juez encerraba el brazo del paciente en una especie de saco y le sellaba; pasados tres dias si no aparecia lesion se le reconocía

inocente. El tercer juicio, y que respira mas barbarie, es el del fuego; consistía este en hacer ascua una barra de hierro que debía coger el reo y llevar en la mano á una distancia de nueve pasos sin dar muestra alguna de dolor: pero los acusados preferían ser castigados como criminales, á patentizar su inocencia por una prueba tan horrible. ¿Y qué hombre tendría la suficiente resignacion, ó estaria dotado de un corazon tan temerario, que osase fijar su planta en el sitio destinado para el tormento? se poseian secretos para hacer nula la accion de un fuego lento durante algunos segundos, razon por la que los acusados se sujetaban á la prueba del agua hirviendo, pero era absolutamente imposible resistir el calor de la barra y evitar consumiese la mano en el instante.

Estos juicios que respiraban tanta crueldad y supersticion, afligieron la humanidad por espacio de muchos siglos: en ellos sucumbia siempre el inocente, porque la inocencia es débil y tímida; y el hombre virtuoso, el que tenia una conciencia mas pura, venia á ser por medio de ellos juguete del malvado y del poderoso, que acechando solo la ocasion de engrandecerse sin reparar en los medios, nada le suponía el sacrificio de un hombre, si con él alcanzaba el logro de sus designios ambiciosos.

E. V.



## LA LONGEVIDAD.

### CUENTO.

Por las risueñas y pintorescas montañas de Underwald (Canton de la Suiza) caminaban dos sabios viajeros, á quienes mas que una simple curiosidad, el deseo de estudiar las producciones del pais arrastraba á aquellos sitios. Bernet, decia el uno, aflojando las riendas de su fatigado caballo: cada dia me confirmo mas en la idea de que la sociedad no embellece y dulcifica la vida del hombre sino á espensas de esa misma vida: en prueba de ello tiende la vista por esas pobres cabañas, sepultadas en las hendiduras de las rocas y esparcidas á trechos sobre esa escarpada cordillera, observarás en sus rústicos habitantes las fisonomías mas frescas, los síntomas mas marcados de alegría y salud. El hombre aquí circunscripto al pequeño círculo de su familia y privado de las fuertes emociones que se exhalan del gran mundo, recorre generalmente todo el siglo en que nace, y puede decirse que no *muere*, sino que *deja de existir*. Esta que pudiera parecer paradoja, no lo es si se atiende al sentido filosófico de las palabras. El ser que *muere*, es la planta á quien el huracan arrebatada, á quien el granizo destruye, á quien el calor agosta: El ente que *deja de existir*, es el árbol antiquísimo á quien encorva el peso de los años, y que perdiendo progresivamente la hoja, la corteza, la sábia, deja de absorber el fecundante rocío, y se deshace en polvo sobre el terreno que le sostuvo.

Disponíase el segundo de los dos caminantes para contestar á este discurso de su compañero, cuando al descender de la colina, en cuya cumbre se encontraban, percibieron un lastimoso quejido que salia de entre las quiebras de un peñasco que elevaba su gigantesca cabeza sobre la tortuosa vereda que les servia de camino.

Hicieron alto un momento para prestar atencion, y notaron que el lastimero son iba mezclado con gemidos que salian de un pecho humano y se asemejaban en un todo á los de un niño que quiere reprimir el llanto y cuyos esfuerzos son burlados por el dolor y la naturaleza. Impelidos los dos viajeros por un sentimiento unánime de curiosidad y de compasion, volvieron las riendas á los caballos y rodearon la inmensa mole de granito, de cuyo centro salia al parecer el quejido de la lastimada criatura; y con asombro de entrambos, vieron que la persona que tan amargamente lloraba, era un viejo cuyas blancas melenas descendian hasta los hombros, y cuya barba venerable fluctuando sobre el pecho se asemejaba á los copos de espuna que sobrenadan en un lago deslizándose de las manos de una afanosa lavandera.

¡Buen anciano! exclamó uno de los compasivos caminantes, perdonad que un desconocido se atreva á importunaros preguntándoos la causa de vuestro dolor y los motivos que os arrastran á derramar esas lágrimas que

corren por vuestras mejillas. — Cesad en ese angustioso llanto, y dignaos comunicarnos vuestras penas... acaso la compasion y la piedad encontrarán los medios de remediarlas.

Nada el respetable viejo contestó á tan atentas razones, y semejante al chicuelo mimoso que al hacerle caricias para que calle dá mayor ensanche á su pueril desahogo, y rompe en copioso llanto y dolorosísimos gemidos, así el anciano halagado por las dulces palabras del incógnito, tornó á llorar con mayor ahinco y á retorcer con las manos los arrugados y húmedos pliegues de su rústico vestido. En silencio quedaron los dos espectadores esperando el desenlace de aquella trágica escena, hasta que pasado algun tiempo, la serenidad fué apareciendo en el rostro del afligido, los puños de este acabaron por fin de enjugar los párpados, y su pecho dejó de gemir, aunque de cuando en cuando solía escaparse de lo íntimo de sus entrañas un malogrado suspiro. Ya algun tanto sereno, acercóse el jóven Bernet, y poniéndole la mano cariñosamente sobre un hombro, le dijo: — Parece que estais mas aliviado. Sin duda deben ser muy graves las desgracias que experimentais cuando os mueven á dar tan señaladas muestras de sentimiento. Acaso la pérdida de algun hijo querido, muerto en la flor de su juventud, ó la falta de una esposa que os habrá acompañado en vuestra larga carrera... — Nada de eso, contestó con trémula voz el anciano... yo soy aun soltero. — Pues en tal caso qué podremos sospechar... el fuego tal vez habrá devorado vuestra cabaña... los vientos del norte habrán helado los frutos de vuestro huerto y el hambre espantosa amenaza á vuestra familia... = No os canseis, señor extranjero, contestó con intercadente voz el dolorido viejecillo... yo lloro...

(y tornó de nuevo á enternecerse) yo lloro... porque me ha reñido mi padre.

Miráronse con asombro los dos amigos, preguntándose con los ojos: ¿será verdad lo que este hombre dice? ¿tendrá padre este pobre decrepito, cuyo nacimiento cuenta sin duda una fecha que se pierde en la oscuridad de los tiempos?

¡Buen anciano! exclamó con prontitud el mas jóven de los amigos, servívos conducirnos á la casa de vuestro padre: nosotros ofrecemos interceder por vos y conseguir vuestro perdon. = ¡Interceder por mí! ¡conceder mi perdon...” repitió el anciano dando un grito de pueril alegría... cuán generosos sois, señores... venid, venid,... está muy cerca la casa... por esta pequeña vereda se llega en un momento... yo la corro veinte veces en una hora cuando vengo á este sitio á jugar con mi cordero... apresurad el paso... vedla allí, entrad... Entraron en efecto los asombrados curiosos en una reducida cabaña, donde todo respiraba el aire de la sencillez y de la limpieza, una mesa pequeña y unos cuantos asientos de paja constituian todo el ajuar. Al pie de un enorme tonel lleno de agua cristalina se veian esparcidos con profusion la verde calabaza, la amarilla zanahoria y la bebedora y ambulosa lomborda: mas allá un odre de leche tapado con yerba, servia de sustentáculo á una tabla de quesos, y en un ángulo de la pieza se descubria una redzuela de espadaña pendiente de las vigas, por cuyas anchas mallas asomaba las patas y cabeza un desangrado cabrito y dejaba caer sus desmayadas alas una agonizante gallina.

En el fondo se descubría un viejo cadavérico sentado sobre un lio de pieles de carnero, cuyas trémulas y descarnadas manos tegían cestas de junco, y cuyo rostro enjuto y sulcado

de profundas arrugas parecia el símbolo de la eternidad, el emblema de la duracion. Alzó los ojos hácia la puerta al ruido que produgeron las pisadas de los estrangeros y los saludó afablemente con un movimiento de cabeza que hizo ondular y conmover los cenicientos cabellos que coronaban su cabeza, y reparando en su anciano hijo que se habia quedado á la entrada con los ojos fijos en la tierra y el rostro cubierto de ruboroso carmin, exclamó ¡Ola! buena alhaja, ... ¿estás ya de vuelta? ¿has llorado lo bastante para que te se pase la rabieta?... pues yo te aseguro... y cogió un largo báculo que á su lado tenia con aire amenazante y colérico. El pobre viejo temblando de miedo fué á acogerse á los brazos del compasivo Bernet, quien adelantándose hácia el padre con elocuencia y bien sentidas razones consiguió desarmar su cólera. — Dejadle, buen amigo, le dijo. — Él se enmendará, él será bueno en adelante... — ¿Qué enmienda quiere V. que espere, señor forastero, de un muchacho de su edad=ahí donde VV. se ven vá á cumplir muy pronto los 85

años, y de su tiempo ya tenia yo una niña que me llamaba papá, y gozaba por entero del poco ó mucho juicio que Dios me ha dado. Bien sabe el cielo que le he criado en la religion y buenas costumbres de mis gentes, sin permitir que hiciera comistrajos que destruyen la salud, ni faltase á la humildad ni á la veneracion que se debe á los mayores; y á pesar de eso... pásense VV., señores, con 84 años y medio ha tenido el atrevimiento de comprar en el mercado un pastel, y hoy mismo porque le afeamos su mala accion tuvo el descaro y la osadía de faltar al respeto á su abuelo.

*Clemente Diaz.*

*Advertencia.* La idea de un hombre octogenario que aun cuenta vivos á sus abuelos, ni es nueva ni original. Por consecuencia al autor del anterior artículo solo le pertenece el modo de desenvolverla y de presentarla á los lectores.

